

comunismo mundial rechaza la revolución cultural de pekin

• ALEKSANDR A. KASHIN

LA denominada "revolución cultural proletaria" en la China comunista no sólo ha introducido una nueva etapa en el desarrollo del país, sino que marca además las repercusiones de mayor alcance en todo el movimiento comunista mundial. Todos los partidos comunistas han considerado necesario formular su actitud ante los eventos en China, y en especial, naturalmente, el PCUS, cuyos líderes, desde la caída de Jruschov, se han esforzado por mantener una curiosa "conspiración del silencio" con relación a China. Si se lee la prensa soviética de este período uno se toma la impresión de que durante este lapso en China no ha sucedido nada negativo. Sin embargo, ahora las cosas han cambiado: el desafío que formula la "revolución cultural" y la deliberada provocación china obligan a la política soviética a alterar su línea. *Pravda* ha empezado a publicar en forma sistemática todas las declaraciones de los partidos comunistas "fraternales" que condenan los eventos en China, y el órgano gubernamental *Izvestia*, que durante el gobierno de Jruschov se abstenía invariablemente de publicar los ataques a China, sigue el camino de *Pravda*. Se ha hecho evidente que, al contrario de los últimos meses del régimen de Jruschov, en que el Kremlin presionaba a los partidos comunistas del resto del mundo para que condenasen públicamente la polí-

tica china, la mayoría de los ataques actuales son sin lugar a dudas, espontáneos. La razón es que no sólo están en juego la unidad y el futuro del movimiento comunista mundial, sino que incluso la misma idea comunista está perdiendo crédito a causa de los excesos de fanatismo ocurridos en China. El Comité Central del PC búlgaro ha expresado este temor en una declaración publicada por *Pravda* el 4 de septiembre de 1966:

"Los acontecimientos recientes en la vida cultural y política de China, conocidos ahora en todo el mundo, los utiliza la reacción internacional en sus constantes esfuerzos por desacreditar las ideas del comunismo y el socialismo, y por difamar su fuerza de atracción en la clase trabajadora, la intelectualidad y todos los estratos de trabajadores en los países capitalistas y en los recientemente liberados".

La declaración formulada por el Comité Central del PC canadiense admite francamente: "Los eventos relacionados con lo que se llama «revolución cultural proletaria» han desacreditado el socialismo". Esta es la fuente real de la ansiedad demostrada por los líderes soviéticos y otros partidos comunistas: la conducta de los chinos contribuye a que el "socialismo" sea cada vez más desagradable para las masas del mundo no comunista, y en el movimiento comunista se corre el riesgo de que pierda adherentes. El PC español (en el exilio) es uno de los que se ha tomado el penoso trabajo de refutar la idea de que lo que ocurre en China tiene algo en común con el marxismo comunista:

"Estas crudas acciones son una perversión de los nobles fines del socialismo y de la herencia cultural de la humanidad. No corresponden ni a los principios del marxismo-leninismo, ni a la legalidad socialista y el humanismo, no a la práctica democrática de todos los partidos comunistas. Y como tales no tienen lugar en

una sociedad socialista" (Pravda, 12 de octubre de 1966).

La conclusión lógica de lo expuesto parecería ser que la China comunista, habiendo traicionado el marxismo-leninismo, ya no es más un "Estado socialista y debe expulsarse del campo comunista". Pero los caudillos soviéticos rehuyen dar este paso. Hasta el duro comentario del PC canadiense termina con las palabras: "No olvidamos nuestra responsabilidad, así como todos los otros partidos comunistas y de trabajadores deben recordar su responsabilidad de defender las genuinas metas de la revolución china, de reforzar el internacionalismo, de evitar la guerra a lograr la paz final".

El hecho alentador para el Kremlin es que cada vez más partidos comunistas vocean su indignación y ridiculizan a Pekín. El PC estadounidense, y muchos otros en Iberoamérica, Europa, África y Asia, han salido en apoyo de la Unión Soviética. Pravda (6 de septiembre de 1966) cita a un órgano importante del comunismo cubano que habría expresado lo siguiente:

"Hasta las simples fórmulas o principios científicos que dicta el elemental sentido común se dice que son una interpretación creativa de las ideas del jefe Mao, hasta las enseñanzas que desde hace tiempo se han aplicado en muchos países del mundo sin ninguna necesidad de llevar a cabo una revolución socialista y estudiar filosofía, dialéctica y obras de Mao Tse-tung".

El artículo concluye: "...los comunistas chinos se están convirtiendo en el hazmerreír de todo el mundo".

El popular, órgano de los comunistas uruguayos, avanza más y defiende la política soviética, lo cual, de ningún modo han hecho todos los partidos comunistas anti-chinos. Estas actitudes son en cierto grado consoladoras para los caudillos soviéticos, porque desde que empezó la disputa con China no habían gozado de

tanto apoyo de la mayoría de los partidos comunistas del mundo. Incluso el PC italiano, el cual una vez, como puede apreciarse por el famoso "testamento" de Togliatti, echó parte de la culpa de la querrela chino-soviética al Kremlin, ahora condena del todo la posición china. De acuerdo con el editor de *Unità*, Mario Alicata, que es miembro del Politburó del PC italiano, la política actual de los líderes chinos

"...tiene el propósito, según todas las probabilidades, de enmascarar el fracaso de las tentativas directas de asegurar la hegemonía también en el movimiento revolucionario en Asia, África e Iberoamérica, trayendo como consecuencia la agravación de las relaciones con la URSS, los otros países socialistas y el movimiento comunista y de trabajadores, y al mismo tiempo, la práctica de acciones extremas destinadas a alterar las relaciones de clase que existen en el presente en China" (Pravda, 2 de octubre de 1966).

Pravda sigue citando la siguiente afirmación de Alicata: "En las raíces de la «revolución cultural» encontramos nacionalismo fanático, el cual jamás ha faltado en el movimiento revolucionario chino, y culto creciente y desenfrenado a Mao Tse-tung". De esta manera, en un corto espacio de tiempo, los comunistas italianos se han orientado desde la fría actitud de Togliatti a su posición de hoy, de apoyo sincero a la Unión Soviética. Se han dividido ahora en dos alas al enfocar este problema, con un grupo pro chino dispuesto a formar un "Partido Comunista-Marxista-Leninista" separado, y de acuerdo con los informes de la prensa occidental, en Legnora se ha celebrado ya la primera asamblea de esta tienda.

Más sensacional es el retiro del apoyo que el PC japonés prestaba a la línea china; incluso se había negado a enviar una delegación a Moscú con motivo del XXIII Congreso del PCUS. Pero ahora los excesos cometidos por los guardias rojos chinos, y la reacción hostil de Pekín

al lema de la "unidad de acción" comunista en el problema de Vietnam, han determinado a los comunistas japoneses a suspender su apoyo incondicional a los chinos, sin declararse del todo, no obstante, del lado de Moscú. Por primera vez desde hace años, *Pravda* reproduce declaraciones formuladas en *Akahata*, periódico del PC japonés. Por ejemplo, el 9 de octubre de 1966, *Pravda* reimprimió un artículo del mencionado rotativo japonés intitulado "Lenín y la Cuestión de la Herencia Cultural" en el que los caudillos comunistas japoneses invocaban el nombre de Lenín para expresar su desaprobación de lo que está ocurriendo en China:

"La cultura proletaria no surgió de la nada, ni fue inventada por la gente que se autodenomina de cultura proletaria o especialista. Esto es pura insensatez. La cultura proletaria debe ser un desarrollo natural de los almacenes de reserva del conocimiento que la humanidad ha acumulado bajo el yugo de la sociedad capitalista, burguesa y terrateniente".

Akahata subraya la advertencia de Lenín en el sentido de que "la posición nihilista y sectario-izquierdista en relación con la herencia cultural motiva gran daño a la causa del socialismo y daña enormemente la confianza del pueblo en el socialismo". Y con evidente placer *Pravda* informó el 10 de octubre de 1966 que el corresponsal de *Akahata* en Berlín Oriental, Yukio Kandsava, había sido expulsado del PC japonés por efectuar actividad "disidente, antipartido" por "seguir ciegamente los puntos de vista de ciertos países extranjeros". Se dice que trató de ganar a otros comunistas japoneses en Alemania Oriental, predicando "servilismo, dogmatismo y sectarismo". En el informe se revela que en septiembre de 1966 Kanadsava abandonó las funciones que le confiase el Comité Central del Partido y de acuerdo con un plan previamente preparado se pasó con otros a Pe-

kín donde continuó sus actividades en escala mayor.

Este creciente sentimiento antichino en el movimiento comunista es muy satisfactorio para Moscú: todos los partidos mayores de la Europa Occidental, incluyendo los de Francia e Italia, están junto al PCUS; y con la excepción de Rumania, todos los de la Europa Oriental, incluyendo el polaco, el cual vaciló por un momento, están de su parte.

Pero esto no soluciona todavía el mayor dolor de cabeza de los caudillos moscovitas: cómo aprovechará Moscú esta actitud en general hostil a la China de Mao para lanzar una campaña concreta, coherente, de acción unida, contra Pekín. Hasta ahora se trata sólo de condenaciones verbales desmembradas; ningún partido comunista, ni aun el soviético, se ha atrevido a demandar acción común contra China. Sin embargo, la declaración proporcionada por el PC sudanés, publicada en *Pravda* el 4 de octubre de 1966, da cierta indicación en este sentido; se intitula "Es esencial un rechazo decisivo". Declara que "se han creado las condiciones favorables para convocar a una conferencia de los partidos comunistas y de trabajadores con el objeto de consolidar la unidad del movimiento comunista mundial". Es posible que se realice una asamblea de esta índole, aunque ningún otro partido comunista ha anunciado su apoyo a la proposición sudanesa. Pero surge la pregunta: ¿Qué tipo de programa y qué plan de acción efectivo podría esperarse que ofreciese para solucionar el problema chino? Ni los caudillos soviéticos ni los simpatizantes comunistas extranjeros desean "cruzar el Rubicón" excluyendo a China del campo socialista. El 15 de octubre, en una sesión de la amistad polaco-soviética en Moscú, Breshnief lanzó su primera crítica directa a los líderes chinos, reconociendo aun que China era un "estado Socialista" y expresó la esperanza de que "los trabajadores chinos y el PC de China marcharán al compás con sus partidos hermanos y de clase"

(*Izvestia*, 16 de octubre de 1966). Este ardiente deseo de evitar una división final e irrevocable se refleja también en los lemas soviéticos publicados con motivo del 49 aniversario de la Revolución de Octubre, en los cuales el Comité Central del PCUS "congratula cálidamente" al pueblo chino por la "construcción del socialismo" (*Id.*, 18 de octubre). Los deliberados insultos chinos dirigidos a la URSS y el creciente número de demostraciones anti-soviéticas disipan la posibilidad que el Kremlin mantenga estas proposiciones conciliatorias mucho más tiempo. Pero Moscú y sus aliados pueden hacer poco más que expresar "amargo pesar y ceñuda condenación de parte de todos los pueblos honrados" (*Pravda e Izvestia*, 20 de octubre de 1966). El "campo socialista" no tiene poder para forzar algún cambio fundamental en la política china. Los caudillos soviéticos sólo anhelan que a Mao Tse-tung y a su generación les seguirán elementos más modernos con los cuales sea posible cierto grado de entendimiento. Fuera de esto, la mayor parte del apoyo que ahora goza Moscú es de poco uso práctico como arma contra Pekín, y la determinación de los chinos de seguir su propio camino, desafiando la censura general del resto del mundo comunista, sólo demuestra la impotencia de éste, y en particular de la Unión Soviética, la cual todavía pretende conducir el movimiento en general a cualquier costo. ♦

¿puede moscú mantener unido al comecón?

● STEFAN C. STOLTE

A pesar de cierto grado de éxito en algunas empresas conjuntas, el Comecon de Europa Oriental (Consejo de Ayuda Económica Mutua) no ha podido alcanzar el nivel de integración necesario para el progreso económico que han obtenido los países del Mercado Común de la Europa Occidental. Ningún tipo de declaración tranquilizadora puede ocultar la urgente necesidad de revisar los proyectos y reorganizar la administración del Comecon; no obstante, ciertos signos indican un planteamiento más positivo de los problemas básicos del organismo en cuestión.

El título principal del orden del día de la 25ª Sesión del Comité Ejecutivo del Comecon, celebrada en Moscú del 4 al 7 de octubre de 1966, fue el informe de la Comisión Permanente sobre "acuerdos comerciales recíprocos a largo plazo entre los países miembros y Yugoslavia, para el período 1966 y 1970" (*Pravda*, 10 de octubre de 1966). Se decidió también realizar una conferencia regular del Comecon en Sofía, en diciembre de 1966. El único resultado tangible de la mencionada sesión del Comité Ejecutivo fue un comunicado refiriéndose a un "continuado incremento en el ciclo comercial de compra-venta" entre los países del Comecon, el cual pretende Moscú, es prueba de la "creciente cooperación económica entre los países miembros" (*Ibidem*).

La trayectoria pasada del Comecon no